

¿PODRÍA SER NUESTRO EL CANAL DEL ATRATO?

Por Próspero Morales Pradilla

Hace el autor de este artículo, un interesante estudio sobre las posibilidades que tiene Colombia de construir el Canal del Atrato.

Artículo tomado de "El Tiempo"

La mayoría de los colombianos no conoce el Canal de Panamá. ¡Es una lástima! Por lo menos, deberían conocerlo todos los estudiantes de ingeniería, y también quienes suelen explicar a la opinión pública los problemas del país, porque los verdaderos problemas nacionales, es decir, aquellas inquietudes colectivas que pueden entrañar un paso sustantivo en la historia de Colombia, van quedando al margen de la actualidad como asuntos secundarios o como ilusiones dignas de otros pueblos, pueblos rubios y mercantilistas. De ahí que tengan tanta importancia las manifestaciones políticas donde un orador "brillante" hace gala de frases armoniosamente cursis y una multitud sumisa aplaude lo que no comprende. Hace muchos años que la patria está por debajo de los partidos. Por eso mueren inútilmente mis comarcanos de Boyacá y el país ha perdido ya las ventajas obtenidas de no haber participado directamente en la última guerra.

Entre esos problemas vitales está el de un canal interoceánico por territorio colombiano. La iniciativa ha llegado a la prensa y al gobierno. Pero la opinión, en su proceso cotidiano, esquiva estas "cosas". Además, los candidatos al congreso prefieren exponer plataformas anquilosadas y primitivas que producen votos, en vez de preocuparse por señalar derroteros históricos, empeños hacia el porvenir. Así los directorios políticos barruntan propósitos pueriles, cuando debieran definir la orientación de su partido frente a tres o cuatro empresas fundamentales. Si nuestra democracia funcionara sobre la base de las ideas y no sobre la base de los apetitos, el ciudadano no

votaría por la lista liberal o por la lista conservadora, sino en favor de la inmigración o contra ella, por la conquista del territorio o contra la colonización, por la dependencia económica del país o en pro de nuestra absoluta libertad, por la construcción del canal propio o contra esa iniciativa.

Desde hace varios años he sido partidario, como periodista, de rescatar el Chocó, de involucrarlo a la vida activa del país. Naturalmente la idea del canal del Atrato y, en particular, los proyectos del año pasado, cuando trascendió al exterior la noticia sobre posibilidad de construir un canal interoceánico a través de territorio colombiano, me dio la sensación de que comenzaba la era de nuestro desenvolvimiento y de nuestra total independencia.

Después estuve en Panamá... Me convencí, entonces, de que apenas se insinuaba una esperanza. El despliegue de técnica realizado por los Estados Unidos de Norte América y sintetizado en la maravilla del canal, es la consecuencia de una tremenda madurez mecánica. Y, en Colombia, estamos, hoy por hoy, a 200 años de esa madurez. La esperanza sólo puede radicar en el deseo de vivir esas dos centurias durante un lapso de 30 ó 40 años. Naturalmente sería necesario prescindir, en tal período, de las mezquindades políticas que tanto nos divierten y nos atrasan. Difícil, ¿verdad?

Por otra parte, los Estados Unidos, merced a un fenómeno correlativo y lógico, han unido a su madurez técnica la potencialidad económica. De ahí que pudieran gastar, sin esfuerzo, los 450 millones de dólares que costó el canal de Panamá, y que hoy representa la fabulosa suma de cuatro mil millones de dólares.

Pero si los colombianos nos resignáramos, por lo menos, a no permitir la construcción del nuevo canal a través de nuestro territorio mientras no seamos capaces de hacerlo nosotros mismos, así se pierdan mil prerrogativas artificiosas, muy poco sufriríamos en el camino del porvenir. Lo grave consiste en pretender que los Estados Unidos nos lo construyan presumiendo, ingenuamente, que un país va a gastar cuatro mil millones de dólares, vidas propias, esfuerzo técnico y distracción de elementos vitales, para obtener un grotesco rendimiento de dinero a bajo interés.

Es infantil pensar en un éxito nacional sobre la base de los estudios realizados por comisiones mixtas de ingenieros norteamericanos y colombianos, aun suponiendo la igualdad de conocimientos técnicos de los extranjeros y los nuestros, porque no son aconsejables

los negocios del pobre con el rico, no hay libertad de acción cuando se realiza una empresa cuyos socios sean, entre sí, deudor y acreedor. El canal, financiado en tal forma, sería como constituir una sociedad para levantar un edificio, entre dos partes, una de las cuales aporta cuatro millones de pesos y todo el material, mientras la otra sólo da el lote y el conserje. Y...los lotes suelen ser más baratos que las construcciones.

Existe también una profunda diferencia entre los motivos de Colombia y los de los Estados Unidos para ejecutar la obra del nuevo canal. Para aquélla es una vital empresa de independencia económica y de robustecimiento nacional, que le permitiría tratar en plan de igualdad con Norteamérica, mientras que para éstos es una medida estratégica (hay unidades de la armada americana que no caben en las esclusas de Panamá) y, por carambola, una nueva fuente de ingresos que no les son indispensables, pero que sería tonto desechar.

Supóngase, por ejemplo, que se ha construido el canal del Atrato, y se ha formalizado un convenio para la administración y usufructo del mismo, dentro de cláusulas equitativas que beneficien a los Estados Unidos y a Colombia. De hecho, aquel canal se convertiría en un centro neurálgico de la estrategia norteamericana, cuya defensa (defensa contra el sabotaje en tiempo de paz, y defensa contra el enemigo de Washington, en caso de guerra) no podría confiarse al débil, sino que debería ser asumida totalmente por el Supremo Comando de las fuerzas norteamericanas, es decir, pasaría la nueva zona de canal a poder del país que puede defenderla y nuestra soberanía, hecha un guiñapo, sólo serviría a oradores plañideros que ayudarían a hundir, definitivamente, nuestro sistema económico.

Alguien podría decir que tales conceptos constituyen un ataque a la pureza democrática de los Estados Unidos. Esto sería erróneo: sucede, simplemente, que los Estados Unidos sostienen una envidiable democracia interna, que le otorga a ese pueblo vida holgada y casi feliz, dentro de las limitaciones humanas, mientras paga su confort y su libertad con el oro que fluye de compradores y vendedores sometidos a un mercado único. Y es que la democracia, tal como se ha logrado en el mundo, sólo consiste en la aplicación de un sistema interno de libertades, que forzosamente se apoya en un sistema externo de esclavitudes. No es, pues, por parte de los Estados Unidos cuestión de mala fe, ni de imperialismo, ni de política doble, sino de simple lógica, de contabilidad, de pesar el pro y el contra de las circunstancias. Precisamente al revés de lo que se ha hecho en Colombia,

donde las relaciones internacionales están sujetas a postulados sobre los cuales tienen mayor importancia la generosidad del corazón que las necesidades del estómago nacional, es decir, de la moneda, de la producción y del "standard" del pueblo.

¿Debe, pues, descartarse toda posibilidad de construir el canal del Atrato?

Desde un ángulo pesimista, pero racional y acorde con la ley de las proporciones, podría afirmarse que Colombia no está en capacidad de adelantar esta empresa, o sólo puede adelantarla bajo la tutela económica y militar de los Estados Unidos, es decir, comprometiéndolo peligrosamente el porvenir de la patria, la integridad de nuestro territorio. Sin embargo, no debiera archivar la esperanza, e inclusive convendría, a título de meditación provechosa y general, alimentar una serie de proyectos en torno a tal tema. Sería encomiable pensar en el desarrollo de nuestra ingeniería y en el progresivo robustecimiento de nuestras fuentes de producción con el criterio de construir "algún día" nuestro canal. Y, utilizando el sentido profético de H. G. Wells, mirar a la Colombia de 1980 con un canal interoceánico propio en cuyos extremos se oiría el bullicio urbano de dos nuevos puertos, mientras el tesoro nacional iría registrando un aumento sistemático al paso de cada barco extranjero que se sirviera del canal para ir del Atlántico al Pacífico, y viceversa. Entonces el abandonado departamento del Chocó se transformaría en un emporio, y todo el país recibiría al siglo XXI con la onda satisfacción de ser otro país, más amable, más grande y, al fin, independiente.

Sobre la base de estas esperanzas, el canal del Atrato podría comenzar a construirse en las universidades colombianas, en la prensa, en el ejército y, por contagio, en el pueblo. Sólo que la política —rapiña de posiciones a espaldas del futuro— hace que los colombianos esbocen proyectos para "la próxima elección", en vez de madurarlos para "la próxima generación".
